

**ATORMENTADA**  
Under Capricorn  
Alfred Hitchcock, 1949

¿QUIÉN ECHA EN FALTA EL SUSPENSE?

David Selznick fue quien llevó a Hitchcock a Estados Unidos y quien produjo su única película ganadora de un oscar, *Rebeca*. Sin embargo, la mala relación del director inglés y el productor americano era notoria. A finales de los cuarenta, Hitchcock se asoció con Sidney Bernstein, un amigo inglés, para crear una productora propia que le permitiera trabajar con independencia. La falta de reconocimiento por parte de la crítica y, sobre todo, la mala acogida del público, pusieron un fin prematuro a la aventura y, tras un puñado de películas, la empresa, que se llamaba Transatlantic Pictures, fue absorbida por la Warner Brothers. Sin embargo, de sus estudios salieron algunas películas cuando menos peculiares. En la primera, *La sogá*, Hitchcock llevó a cabo un experimento visual inédito: filmó planos secuencia de larga duración y fundió el final de cada plano con el principio del siguiente, truco que debía producir la ilusión de que la película había sido rodada de un tirón. Por supuesto, el alarde pasó desapercibido al espectador.

La segunda película de la Transcontinental fue *Under Capricorn*, retitulada en España como *Atormentada*. Parte de la novela homónima de Helen Simpson<sup>1</sup>, convertida en obra teatral por John Colton y Margaret Linden y adaptada para el cine por Hume Cronyn y James Bridie, aunque también colaboraron en su escritura, sin acreditar, Peter Ustinov y Joseph Shearing. Demasiados cocineros malogran el guiso, dicen. También Hitchcock llegó a esa conclusión: “Mi primera equivocación fue la embriaguez de conseguir, con la colaboración de Ingrid Bergman, una pluma para mi sombrero. La segunda equivocación consistió en escoger a un amigo, Hume Cronyn, para que escribiera el guion: como guionista le faltaba verdadera experiencia. La tercera equivocación fue llamar para la elaboración del guion a James Bridie, [dramaturgo] que no es verdaderamente un experto artesano. Bridie consigue unos primeros y segundos actos excelentes, pero no logra nunca acabar sus obras (...) Si hubiera llamado a un buen profesional como Ben Hecht...”<sup>2</sup>

De un modo injusto, el propio Hitchcock lamentó todo lo concerniente a esta película: “La historia me gustaba [pero] si hubiera reflexionado cuidadosamente, no habría elegido un film de época; es una cosa que no he vuelto a hacer desde entonces. Además, en la historia no había suficiente humor.”<sup>3</sup> Pero la ausencia de mujeres en la cena de los Flusky no deja de ser cómica. Sin olvidar que, en muchas de sus mejores obras, Hitchcock se dejó el humor en el tintero.

En cuanto a los actores, las discusiones con Ingrid Bergman fueron continuas durante el rodaje: “Por esos planos largos, Ingrid se enfadó conmigo. No le gustaba esta manera de trabajar.”<sup>4</sup> También la elección de Joseph Cotten para el papel de Sam Flusky le pareció desacertada: “Es un papel que hubiera debido hacer Burt Lancaster.”<sup>5</sup>

Escuchando las palabras de su autor, parece lógico que *Under Capricorn* fracasara estrepitosamente: “El film perdió mucho dinero. Me da vergüenza porque como productor-realizador cobré un buen salario. Estaba producido por mi compañía [pero] actualmente pertenece a los bancos que lo financiaron.”<sup>6</sup>

Aparte de las descalificaciones vertidas por Hitchcock, hubo otros factores que influyeron en el descalabro. Por ejemplo, la trayectoria anterior del director: “En 1949 ya estaba catalogado como especialista del suspense y del thriller. *Under Capricorn* no era ni lo uno ni lo otro”<sup>7</sup>. O el resquemor de sus paisanos: “No comprendo que haya traído de América a Joseph Cotten, cuando tenemos aquí un actor tan bueno como Kieron Moore”<sup>8</sup>. O el maniqueísmo, que asocia la fealdad moral con la física: “Los críticos ingleses dijeron que era lamentable escoger una actriz tan bella como Margaret Leighton para hacer un personaje tan antipático”<sup>9</sup>. Destapado el frasco de las desaprobaciones, la película tropezó incluso con la moral puritana del público norteamericano, escandalizado porque Ingrid Bergman dejase a su marido, Aron Lindström, y a su hija, Pia Lindström, para irse a vivir con Rossellini. (El año anterior, algunos Estados habían prohibido la exhibición de *La sogá* cuando detectaron claros indicios de conducta homosexual entre dos de los personajes masculinos.)

Y, sin embargo, la película merece la pena. Bergman y Cotten están bien en sus papeles, con el valor añadido de ver a Cotten encarnando a un hombre violento, algo inusual en su carrera. En el aspecto técnico, sin llegar a la exageración de *La sogá*, Hitchcock incluye algunos planos secuencia de larga duración ciertamente notables, como la llegada de Charles a la mansión de los Flusky o la revelación del secreto de los Flusky por parte de Henrietta... Pero antes de seguir dando nombres y situaciones conviene echar un vistazo al argumento.

A fin de poner en ambiente al espectador, el relato comienza con una retrospectiva. Sobre el mapa de Australia, una voz en off dice que en 1770 el navegante inglés Cook fue el primer occidental que recaló en territorio australiano. Siguiendo su método habitual de colonización, las autoridades británicas enviaron a la isla miles de convictos, autores de crímenes de todo tipo, a los que ofrecían, una vez cumplida su condena, la posibilidad de emanciparse y hacer fortuna en un plazo breve. En 1830, Sydney se ha convertido en la populosa capital de Nueva Gales del Sur. En ella tiene su sede el Gobernador, máxima autoridad de la isla. Y también el irlandés Sam Flusky, quien, tras cumplir siete años de condena por homicidio, ha rehecho su vida y es dueño de un gran patrimonio. Sin embargo, en el plano afectivo las cosas no le van tan bien. Su esposa, lady Henrietta, hermana del hombre al que Sam mató, lo siguió en su destierro, padeciendo tal cúmulo de penalidades que, cuando él salió del presidio, ella se había vuelto loca. Ahora, en su gran mansión, Flusky deja todo en manos de Milly, una joven sirvienta que, alentada por la idea de convertirse en la señora Flusky, se muestra tan eficaz en el gobierno de la casa como en el agravamiento del trastorno de Henrietta. Su plan parece venirse abajo con la llegada de Charles Adare, un viejo conocido de Henrietta que se esfuerza en que la joven vuelva a ser la dama distinguida que él conoció en Irlanda.

Conviene aquí conocer cómo los Flusky llegaron a la situación en que los encontramos al principio del film. Lo explica Henrietta en un interesante y largo plano secuencia. Comienza cuando Charles, que se ha enamorado de Henrietta, le pide que deje a su marido, al que, según él, ya no le debe nada. Entonces, Ingrid Bergman, se adueña de la pantalla y, durante ocho minutos, sonrío, se agita, se

estremece, eleva los brazos, solloza, llora, se tambalea... Éste es su monólogo, en el que revela “su degradación por amor”<sup>10</sup>:

“¡Si me comprendiera no hablaría de pagar una deuda. Él es parte de mí y yo soy parte de él para siempre. Y esto lo aprendí hace ya mucho tiempo, cuando yo era una niña. Era así y nada podía cambiarlo. Juntos cabalgábamos durante millas y millas, durante horas y horas. Sam cinco pasos atrás en silencio y respetuoso como un buen criado. Y yo estremeciéndome de contento porque sabía el amor que me profesaba. A mi padre no le preocupaba nuestra tardanza en regresar: sabía que Sam era de fiar y que yo volvería indemne. Nos sentábamos en la hierba, frente a la bahía, mirando hacia el océano, tranquilo, profundo y silencioso como su amor por mí. Yo sabía de amor porque me habían hablado de él con suaves y dulces voces irlandesas. Nunca nos decíamos nada. Hasta que un día fuimos a Dublín, a la feria de ganado. El pobre Sam sujetaba los caballos ante una tienda. Cuando agarró el estribo para que yo montara dijo de repente con su voz tosca: ‘Esto va a ser mi condenación’. Y yo le dije: ‘Querido Sam, yo te salvaré’. Aquella noche, cogí las joyas que tenía preparadas para el baile del Virrey y cabalgamos durante horas bajo la lluvia hasta Andrómeda. Encontramos un pescador con una barca que nos llevó a través del canal a Escocia. Un ladrón de caballos nos vendió dos animales con los que hicimos el largo recorrido. Y allí el pastor nos unió en matrimonio. Yo estaba muerta de cansancio. Tomamos nuestro primer desayuno en la posada. Yo miraba a Sam frente a mí. También estaba cansado, pero Sam es un hombre que siempre tiene algo que hacer y estaba limpiando y cargando la pistola que había traído consigo. Se reía mientras canturreaba en voz baja. Cuando entró Dermot, mi hermano... Era un gran jinete, magnífico, quizá su única buena cualidad. Llevaba una pistola en la mano y, con la muerte en los ojos, me dijo: ‘¿Con que os habéis casado? ¡Por el cielo que no vais a disfrutar de ello!’ Y apuntó su pistola hacia mí. Sam se levantó de un salto y me cubrió con su cuerpo. Yo cogí la pistola que estaba sobre la mesa y disparé contra mi hermano. Disparé bajo el brazo de Sam. Hubo una expresión de asombro en su rostro y Dermot se desplomó. La pistola se le disparó al caer. Luego encontraron la bala en el marco de la ventana. Eso salvó a Sam de la horca, ya que se declaró culpable. Yo no supe al principio que se había acusado él. Estaba enferma, tanto que no me enteraba de nada. Mi familia no me dejaba hablar con nadie. Querían evitar el escándalo. Estuve delirando muchas semanas y luego supe lo que él había hecho por mí. Iba ya encadenado en un barco de presidiarios camino del otro extremo del mundo. Me escribió: ‘Si en algo aprecias lo que ha habido entre nosotros, no digas nada. Es preciso que lo hagas por mí, amor mío’. Yo... yo no podía hablar después de eso. Tenía que obedecerle, lo comprende, ¿verdad? Hice lo único que estaba en mi mano. Le seguí hasta aquí y hablaba con él a través de la reja del presidio... [Breve intervención de Charles para preguntar a Henrietta cómo vivió esos años] ¿Qué importa eso ahora? Pensé que sería un consuelo para él saber que yo estaba aquí. Yo deseaba ofrecerle un hogar cuando saliera para compensarle de cuanto había sufrido. Pensé que podríamos rehacer nuestra vida en este país. Pero me vi rodeada de cosas horribles. Sí, aquella cabaña en el puerto, llena de humedad y de bichos repugnantes, aquellas mujeres borrachas, y los niños buscando en la basura algo que comer. Toda aquella miseria me envolvió. Sam trató de que lo olvidara cuando su condena terminó, pero no sirvió de nada porque ya era parte de mí. Incluso ahora hay veces que desearía seguir cayendo, cayendo, cayendo hasta donde no pudiera llegar más abajo, abajo del todo, donde ya nada pudiera herirme.”

Como puede verse, en esta historia Hitchcock se aparta un poco de su habitual posicionamiento clasista para reivindicar el carácter noble del patán Sam Flusky, aunque condena a las llamas del infierno<sup>11</sup> a la sirvienta, quien, después de todo, parece más enamorada que ambiciosa. Cuando Sam le comunica su decisión de irse con Henrietta a Irlanda, ella le suplica: “¡No se vaya, señor! Quédese aquí conmigo, yo le cuidaré, yo trabajaré por usted hasta la muerte, bien lo sabe. ¡No se vaya!”

Finalmente, los manejos de la sirvienta salen a la luz, los esposos se reencuentran con la felicidad y el artífice de este triunfo del amor regresa a Irlanda convencido de que nada podrá deshacer el lazo que une a su enamorada con su marido. Y, lo que es peor, sin haber cumplido el propósito que lo llevó al otro extremo del mundo: “Seré el primer emigrante que regrese a la patria sin haber hecho fortuna.”

<sup>1</sup> Helen Simpson (Sydney, 1897-Inglaterra, 1940), novelista y biógrafa. Es coautora de la novela *Enter sir John*, escrita en 1929 y llevada al cine por Hitchcock un año después con el título *Murder!* (*Asesinato*, en España). Simpson también colaboró con Hitchcock en la escritura de los diálogos de *Sabotage* (1936). En 1937 publicó *Under Capricorn*.

<sup>2/10</sup> Declaraciones hechas por Hitchcock a François Truffaut. Se incluyen en el capítulo 9 del libro *El cine según Hitchcock*, Truffaut, 1966.

<sup>11</sup> Si aludo al infierno es por sintonizar con el lenguaje de este personaje: “El Señor sigue caminos misteriosos para realizar sus milagros”, “El Señor no le perdonará por decir una cosa así”. Aunque no sólo Milly invoca al cielo. Henrietta, también mujer, suplica a las alturas en su momento de mayor desesperación: “Dios mío, llévame contigo”.

## REPARTO

Lady Henrietta Flusky .....	Ingrid Bergman
Sam Flusky .....	Joseph Cotten
Hon. Charles Adare .....	Michael Wilding
Milly .....	Margaret Leighton
Gobernador .....	Cecil Parker
Mr. Corrigan .....	Denis O'Dea
Winter .....	Jack Watling
Coachman .....	Harcourt Williams
Mr. Potter .....	John Ruddock
Mr. Banks .....	Bill Shine
Reverendo Smiley .....	Victor Lucas
Mr. Riggs .....	Ronald Adam
Mayor Wilkins .....	Francis de Wolff
Dr. Macallister .....	G.H. Mulcaster